

Xavier Sala-i-Martín

# Dinero y felicidad

Dice la leyenda popular que el dinero no compra la felicidad. Y son muchos los que creen que la leyenda está validada por la evidencia científica desde que, en 1974, Richard Easterlin estudió la relación para diferentes países y llegó a la conclusión de que, a partir de un cierto nivel de renta per cápita (unos 15.000 dólares anuales en valor de hoy), más dinero no aportaba más felicidad. Ese resultado se llamó la paradoja de Easterlin.

El descubrimiento de esa paradoja tuvo consecuencias importantes. Por ejemplo, hizo que los psicólogos desarrollaran teorías económicas que utilizaban el concepto de renta relativa: yo soy más feliz, no si mi renta sube en valor absoluto, sino si sube en relación con la de mis vecinos. Ya se sabe que el peor día en la vida de uno es aquel en que... ¡el vecino se compra un BMW!

La paradoja también hizo que la ONU creara el índice de desarrollo humano que incluye salud, mortalidad infantil o educación entre otras cosas para medir el progreso de las naciones, en sustitución del PIB o la renta per cápita que utilizan los economistas serios. Ese índice es peculiar porque es sabido que los países ricos tienen mejor salud, más educación y una mortalidad infantil menor, precisamente porque todo eso cuesta dinero. Otra consecuencia de la paradoja es que el movimiento ecologista pasó a no tener ningún rubor a la hora de proponer el cese del crecimiento económico para preservar, entre otras cosas cruciales, el caribú canadiense, el búitre leonado y la temperatura global del planeta.

En mi opinión, las conclusiones de Easterlin siempre fueron mal interpretadas. Porque una cosa es demostrar que una relación estadística no existe y otra muy distinta es no poder demostrar que existe. Y Easterlin no probó que no había relación entre renta y felicidad a partir de 15.000 dólares, sino que nunca pudo demostrar que existía. Entre otras cosas, el problema es que su estudio no incluía casi ningún país pobre.

Afortunadamente, Gallup acaba de llevar a cabo una macroencuesta en 130 países, incluidos muchos países subdesarrollados, donde, además de instar a los entrevistados a evaluar su felicidad poniendo un número entre 1 y 10, se les pregunta sobre diferentes aspectos relacionados

X. SALA-I-MARTÍN, *Columbia University, Fundació Umbele y UPF*



JORDI BARBA

con su bienestar, como cuántas veces han reído, sonreído, se han sentido tristes o deprimidos durante las últimas 24 horas, o si se sienten libres, amados o respetados. Los nuevos datos han sido analizados por Justn Wolfers y Betsey Stevenson de la Universidad de Pensilvania y su estudio arroja resultados interesantes:

Primero, la gente de los países ricos dice ser más feliz que la de los países pobres. La correlación, de un 80%, es muy importante. Parece que la visión idílica de la pobreza que a veces hacemos desde nuestra prosperidad es un espejismo que los pobres no comparten.

Segundo, la relación entre felicidad y prosperidad no sólo no se detiene, sino que se acentúa a partir de los 15.000 dólares. Como cualquier mileurista español podría haberle explicado al profesor Easterlin, a las personas que cobran cerca de 10.000 euros anuales también (repito, también) les produce felicidad un aumento de salario.

Tercero, dentro de cada país, la gente rica es más feliz que la pobre.

Cuarto, la felicidad de casi todos los países aumenta con el paso del tiempo. Hay excepciones como Bélgica, cuya felicidad ha decrecido (eso de tener tanto gobierno europeo parece que no les sienta bien a los belgas) y Japón, donde la felicidad se estancó en 1990 a raíz de la profunda crisis económica que todavía no ha superado.

Quinto, en los países ricos hay más gente que dice haber reído o sonreído en las últimas 24 horas y hay menos gente que dice haber experimentado dolor, depresión, aburrimiento o enfado.

Conclusión: la paradoja de Easterlin no existe. Y eso no debería ser una sorpresa: cualquier analista razonable debería haber concluido que, cuando 6.000 millones de personas trabajan duramente para mejorar su situación económica y un sabio les dice que son todos tontos porque su esfuerzo no les va a reportar más felicidad, tarde o temprano se demuestra que los tontos no son los ciudadanos.

Dicho esto, el estudio resalta algunos aspectos curiosos. Por ejemplo, la felicidad de las mujeres ha decaído desde 1970. Parece que el importante progreso social de la mujer en ámbitos como la educación, el trabajo, el control de la reproducción o la creciente participación masculina en las tareas del hogar y la educación de los hijos, no se ha plasmado en una mayor felicidad femenina. Es más, la creciente insatisfacción se da tanto en trabajadoras como en amas de casa, tanto en casadas como en solteras y separadas, tanto en altos niveles de educación como en bajos y tanto en jóvenes como en mayores.

Otro resultado destacable es que la gente de izquierdas es más infeliz que la de derechas, aunque la explicación parece no tener nada que ver con la política: los de derechas son más religiosos y tienden a estar casados en mayor proporción y resulta que, a igualdad de ingresos, la gente religiosa y casada tiende a ser más feliz.

Y finalmente, la renta no está correlacionada con el amor. Parece que el dinero compra casi todo lo que genera felicidad, desde comida a educación pasando por salud, libertad, cultura, viajes, sexo o matrimonio, pero no puede comprar el amor. Vistos los resultados del estudio, sin embargo, el amor sólo debe representar una pequeña parte del bienestar. Si no, no existiría esa relación tan fuerte entre dinero y felicidad.●

www.sala-i-martin.com

Baltasar Porcel



## Días de Píndaro, con la ciencia

A lo comentar mi trayectoria literaria –el mundo es neciamente competitivo–, diversa gente me decía: “Usted ha tenido suerte”. A lo que yo contestaba: “No, se trata de mi trabajo, una lucha. Aunque tengo la suerte de no haber sufrido un cáncer”. Pues temía su oculta y terrible corrosión.

Lo que traigo de nuevo a colación, y lo conocen algunos lectores. Pero puede resultar útil a otros, en rigor el congreso de la European Association of Neurooncology, reunido ahora en Barcelona, me invitó a contar mi vicisitud. Pues hace dos años el cáncer me atrapó, un linfoma, ¿significaba el fin?

No, me dijeron los doctores, sino otra lucha. En la que volví a tener suerte, pues no me destruyó. También debido al quehacer objetivo de la ciencia y acaso al subjetivo de mi voluntad. Habiendo resultado un estímulo la sinceridad con que me hablaba el equipo médico. Estuve hospitalizado tres meses, recibiendo tres tandas de quimioterapia. Y descubrí que salvar mi vida no consistía sólo en preservar mi cuerpo, sino igual mi espíritu e intelecto. O sea, que soy y estoy en una globa-

## Instalé el ordenador en mi habitación y releí a Tolstoi y a Bertrand Russell; nunca vi televisión

lidad personal y cósmica, como imaginaban los pensadores presocráticos griegos, hasta Protágoras.

Así, instalé el ordenador en mi habitación y me puse a releer a Tolstoi y a Bertrand Russell. Nunca vi televisión, y cuando me decían: “Conéctala para pasar el tiempo”, contestaba: “Lo que necesito es que permanezcan las horas, muchas y lúcidas”.

Pero si despertaba de madrugada me sumía en la tristeza: podía desaparecer, ya no estaría con mi familia, no vería a mis gatos... Pero me esforzaba en pensar en mi trabajo: soy mis libros y artículos. Y ahí notaba un poderoso reactivo.

Al descubrirse el cáncer escribía una nueva novela, pero dudoso porque su marco teórico pesaba, cuando quería que fuera más vital. Retrata la gran ciudad actual a través de Barcelona y de personajes clave; sale en octubre, se titula *Cada castell i totes les ombres*. Y bien: a medida que avanzaba mi terapia en el hospital, percibía que una energía visceral insuflaba mi proyecto, cada línea de ordenador.

Después me fui a casa, donde laboraba diez horas diarias, con entusiasmo y escaso cansancio, que vencia durmiendo algún rato. Hasta que volví al Clínic por tres semanas: para asegurar la curación, me practicaron un autotrasplante de células madre.

Entre cuyo trasiego de sangre y aislamiento inmunológico continué escribiendo. Como al salir, hasta terminar las casi 500 páginas de la novela, redactando a la vez esta columna y viajando a Alemania, Rusia, Francia...

Sí, tengo suerte. Pero si todo ello es muy duro, también alimenta ilusiones que vencen la adversidad. Otro griego, el poeta Píndaro, decía: “La vida del hombre es perecedera, pero sus días pueden ser inmortales”. A cuyas posibles crisis dotará de consistencia la honda veracidad de la ciencia.●

Pere Notó

## El ‘pactisme’

Una aportación catalana a la política es el *pactisme*, entendido como un estilo de acuerdo sin imposición de una parte sobre la otra, como un compromiso libre basado en el respeto mutuo y la fidelidad recíproca. Esta actitud política originada en el feudalismo medieval se enriqueció en Catalunya, como pacto entre la monarquía y los diversos estamentos sociales. El *pactisme* permitió que las relaciones de las personas con los monarcas de la Confederación Catalano-Aragonesa primero y luego de Mallorca y de Valencia gozaran de una verdadera constitución *avant la lettre*, anterior a la Carta Magna británica.

Francesc Eiximenis lo describe y estu-

dia en *Lo Crestià* en sus dimensiones jurídicas y políticas, y ya en el siglo XX, Jaume Vicens Vives nos habla del *pactisme* y su vigencia en el espíritu de la Renaixença y de todo catalanismo político.

No existe aún una obra que estudie la personalidad colectiva catalana desde la perspectiva rigurosa de la psicología política como ámbito científico de la psicología social, aunque todos los ensayos, tanto los referidos como las aportaciones filológicas, periodísticas o médicas, reconocen el *pactisme* como actitud esencial del alma catalana. Entiendo que el denominado “oasis catalán”, de antes y de ahora, sería un fruto muy apetecible de esta virtud colectiva pues nos permite una mejor convivencia entre nosotros y con los demás.

Un programa universitario de psicología política debe recoger entre distintas

materias de estudio el *pactisme*, y más en la hora actual de Catalunya, atendiendo a su dimensión inequívocamente psicológica, ya que se trata de una actitud, y esta es objeto de investigación principal de la psicología social. Conocer y practicar el *pactisme* es imprescindible no sólo en el mundo de la política, las relaciones sociales interculturales y con la nueva inmigración, sino en el mundo laboral, familiar, en la vida privada y en la actividad pública.

El *pactisme* está en la base de una buena negociación y de una buena mediación, y en toda gestión de un conflicto, pues su fin debe ser siempre el acuerdo mutuo. Entendemos el *pactisme* como cultura del pacto y el diálogo, y no en su versión distorsionada y caricaturesca que lo usa de modo banal cuando no denigrante. El *pactisme* es una actitud valiente.●

P. NOTÓ, *profesor de Psicología Social en Ciencias Políticas y Sociales de la UPF. Psicoanalista*